

(18) Morley, *op. cit.*

(19) He aquí los nombres de algunas: *Compendium doctrinæ Theologicæ*, 4 t.—*De utilitate scientiarum et de causis ignorantia humanæ*, 11 libros dedicados a Clemente IV.—*Gramática griega, hebrea y caldea*, 2 t.—*De communibus naturalis Philosophiæ*, 4 t.—*De retardatione senectutis et regimine senum*, 2 t.—*De Philosophia naturali*, 8 t.—*De concionibus*, un tomo.—*De locis sacris*, un tomo.—*Sobre los sentenciarios del Maestro*, 4 t.—Hasta 86 más de *medicina, matemáticas, astrología, etc.*—Un *calendario corregido*.—*De studio Theologiæ*.—El *Opus majus* abarcaba todo el conjunto de las ciencias físicas tal cual se comprendían entonces: del *Opus minus*, que era como comentario y reseña del *Opus majus*, no se conserva hoy, desgraciadamente, sino un fragmento de manuscrito medio quemado y sin principio ni fin. El *Opus tertium* servía de preámbulo a ambos.

(20) *Historia Universal.*

(21) Whewell.

(22) Gallibert et Pellé, *L'Angleterre.*

(23) P. Janet. *Un historien de la philosophie anglaise.*

(24) El Ilmo. obispo de Córdoba, fray Ceferino González.

(25) *Précurseurs et disciples de Descartes.*

## CAPÍTULO VIII

### LOS FILÓSOFOS FRANCISCANOS

Origen de la filosofía cristiana.—Fusión con la pagana.—Tentativas enciclopédicas: las Sumas.—Períodos de la escolástica.—Siglo de oro.—Papel que desempeñó la Iglesia en el renacimiento filosófico.—Vindicación de la escolástica: su riqueza, variedad, originalidad y amplitud.—Principales direcciones de la escolástica.—Fórmase la filosofía mística en la Orden Franciscana.—Condición práctica de la mística.—San Antonio de Padua.—Aristóteles y Platón en la Edad Media.—Los universales.—Decadencia escolástica.—Alejandro de Hales.—Adán de Marisco.—Filosóficos franciscanos secundarios de Oxford y París.—El acto sorbónico.—El seráfico Doctor San Buenaventura.—Su historia.—Sus teorías místicas y estéticas.—Dunsio Escoto.—Comparación con Santo Tomás.—Doctrinas de Escoto.—De cómo Escoto completa a San Buenaventura.—La Inmaculada Concepción.—Ockam y el nominalismo.—El mártir Raimundo Lulio.—Sus aventuras, escritos y trabajos.—Estado presente de la escolástica.—Breves reflexiones.

.....  
Me place que enseñes a los frailes la santa Teología, pero de tal manera que el espíritu de la santa oración no se extinga en vosotros.  
.....

(San Francisco de Asís, al conferir a San Antonio de Padua la facultad de enseñar.)

Entre el gran Doctor de la Iglesia de Africa y los no menos insignes del siglo XIII; entre la filosofía patristica y la escolástica, se extiende el largo ocaso

intelectual causado por las invasiones de germanos y sarracenos y la difícil y laboriosa constitución de la sociedad nueva. Robusto era en demasía, no obstante, el árbol del pensamiento cristiano, y sobrado lozana y copiosa su primera flor, para que la secase y marchitase la barbarie. A su sombra bienhechora se cobijaron juntamente las reliquias de lo pasado y las esperanzas del porvenir: si a los discípulos de Agustín les repugnaba la memoria de la metafísica pagana, la escuela catequística de Alejandría inició la conciliación de la antigua ciencia con el entonces joven Cristianismo, subordinando la razón a la fe, pero concediendo a ésta aptitud para el conocimiento mediato de la verdad (1). Así se anunciaban desde el origen mismo de la filosofía cristiana las dos tendencias, mística y dogmática, destinadas a compartir su cetro.

Desde la centuria V a la VIII, la tradición filosófica vegeta trabajosa y difícilmente; de tiempo en tiempo, da indicios de su vida algún aislado brote. En el siglo VI dos hombres, si por las creencias cristianas, paganos todavía por la cultura que conservan y atesoran, Casiodoro y Boecio, vierten y extractan en lengua latina obras de los archifilósofos griegos Platón y Aristóteles, mostrando cómo el oro que sus sistemas contienen, puede el Cristianismo beneficiarlo dejando a la idolatría la escoria y los errores. Boecio enlaza la antigüedad con la Edad Media; ayúdale Casiodoro; ambos aplican el principio sentido ya por los Padres de la Iglesia, que en las especulaciones de los pensadores helenos distinguían fragmentos de dispersas verdades, remota participación del Verbo eterno (2). Al abrigo de la religión habrá, pues, de renacer la filosofía, trayéndola de la mano los Padres de la Iglesia, deseosos de cimentar y corroborar racionalmente la doctrina revelada, que defendida por vigorosos apologistas, y vence-

dora, quería organizarse y adquirir carácter de enseñanza científica. Además, los poderes civiles aspiraban a salvar los flotantes despojos del naufragio de Roma. Teodorico lo intenta; a Carlomagno pertenece el glorioso título de fundar aquellas *schola* que dieron nombre a la filosofía de la Edad Media, y descubrir en Parma a Alcuino, precursor de la cohorte escolástica: por eso no sin razón se atribuye a Carlomagno el renacimiento científico, y se considera que la figura del héroe carlovingio abre la Edad Media propiamente dicha, y que su fuerte brazo no sólo establece el orden civil, sino también el progreso intelectual.

Reciente y vacilante aún la luz de los estudios, buscó amparo en la Iglesia. Las escuelas se acogen a las sedes episcopales, a las abadías y los claustros; sólo allí pudieron hallar regentes, maestros y discípulos. Ni es únicamente protección lo que solicita de la Iglesia la ciencia: es base, campo, itinerario, autoridad dogmática, tradiciones, cimientos en que estribar, asuntos en que ejercitar su actividad juvenil. Ninguno más digno que los dogmas de la fe. Se enorgullece la ciencia de su alta misión: desenvolver, analizar, sistematizar el Cristianismo, dar a la religión forma filosófica. Tal era en sus comienzos la elevada aspiración, la tendencia de la escolástica, y con acierto opina un moderno pensador (3) que su lema se contiene en la siguiente frase de Escoto Eri-gena:—"No hay dos ciencias, filosófica la una y religiosa la otra: la verdadera filosofía es religión; la verdadera religión, filosofía".

Extendida y regularizada gradualmente la enseñanza eclesiástica, que al pronto adoleció de falta de medios, fué a su vez la teología fortificándose y sujetándose a reglas. A excepción quizá de Escoto Eri-gena, atienden más los primitivos escolásticos a fijar métodos que a innovar sistemas. De suerte que la

escolástica se anuncia como filosofía metódica, categórica, álgebra intelectual encaminada a probar—hasta donde cabe—la fe, por medio de argumentos racionales: empresa para la cual el genio dialéctico del Estagirita ofreció a los nuevos obreros de la ciencia un instrumento admirable, el silogismo, hacha de tres cortes, que de puro afilada, vino, andando el tiempo, a romperse en las manos (4). En el *Organum* aristotélico, así como en las especulaciones de San Agustín, se formó la escolástica naciente: y no fué la tradición pagana el único elemento extracristiano que entró a componer el cuerpo filosófico: los árabes contribuyeron por su parte con traducciones y comentarios de Aristóteles, nociones de química, cosmografía, astronomía, libros de Avicena, Averroes y Algazel; acaso entre las aguas de esta fuente semítica vienen algunas gotas de los lejanos manantiales indios, como la idea bramánica del intelecto uno, comunicada por Averroes y tan influyente en el panteísmo medioeval.

No se contenta la escolástica con ofrecer un método lógico más o menos perfecto: propósitos más vastos la animan: quiere concertar toda ciencia humana bajo la ley de suprema unidad, la palabra divina. De conato tan gigantesco dan indicio las obras capitales de los pensadores escolásticos, esas *Sumas* donde se reúnen cuantos conocimientos abarca la mente, y se estudia a la vez el mundo sensible y el inteligible, la naturaleza, el hombre y Dios, bien como en las catedrales góticas se hallan comprendidos todos los aspectos de la vida material y espiritual, desde la fosa que guarda los cadáveres, hasta el sagrario que encierra la Eucaristía. Alejandro de Hales, Alberto el Grande, San Buenaventura, Santo Tomás, Dunsio Escoto, emprenden unos tras otros la labor colosal, y ruedan, con sus manos de titanes, el peñasco de la *Suma*; ni aun los cultivá-

dores de ciencias positivas, Rogerio Bacón, Vicente de Beauvais, evitan la tendencia enciclopédica y unitaria. El abanderado de la legión escolástica, el *Maestro de las Sentencias*, primer doctor en la célebre Universidad parisiense, es ya un compilador, que pretende condensar en su obra toda la nata y mécula de la filosofía pagana. A pesar de los defectos y omisiones de Pedro Lombardo, pasa por jefe y modelo de la escuela; tal éxito logró, que sus libros eran manual de los teólogos; sus comentadores se contaron por cientos, figurando entre ellos Santo Tomás y San Buenaventura, y hasta no faltó quien pusiese en verso sus escritos; valiéndole tan extraordinario favor—sin duda alguna—la tentativa enciclopédica, que le encumbró sobre pensadores que en originalidad le vencen, pero están menos acordes con su época: Lanfranco, Berengario e Hildeberto de Tours, San Anselmo.

Cuatro períodos pueden considerarse en el desenvolvimiento escolástico: el incipiente, que comienza con Carlomagno, o mejor con Erigena, para terminar a mediados del siglo X; el de incremento, en que se discute la cuestión de los *universales*, de mediados del XI al XII; el de perfección, que comprende el XIII y parte del XIV hasta Ockam; el de decadencia, que arranca de Ockam y dura hasta mediados del XV (5). Siglo de oro de la escolástica es, pues, el XIII, y la filosofía de la Edad Media alcanza en él su apogeo, como lo alcanzó el arte. En la bienhadada centuria décimotercera, y a principios de la siguiente, Santo Tomás concibe su vasto sistema, donde al par de la ciencia teológica se desenvuelven las jurídicas y políticas; San Buenaventura hermosea y ensancha el horizonte místico; Escoto eleva la dialéctica y el análisis a sus esferas más altas y sutiles; Alberto Magno cifra y compendia toda erudición; Rogerio Bacón funda el método experimental;

Dante expone arcanas doctrinas teológicas bajo el velo singular de sus versos. Primer motor de impulso tan glorioso fué la Iglesia. Inocencio III es pensador y elegante escritor ascético; Urbano IV dispone que, de sobremesa, los Cardenales se entretengan en debatir cuestiones filosóficas; Clemente IV defiende y promueve los trabajos científicos de Rogerio Bacón; Inocencio III y Juan XXI se distinguen en concepto de metafísicos y lógicos. Período de admirable concordia entre la razón y la fe, al pronto la teología domina a las demás ciencias, y es por ellas respetuosamente servida; luego camina abrazada fraternalmente con la metafísica; tiempo vendrá en que, hallándola fuerte y capaz de andar sola, la deje ir por su pie, mas sin perderla de vista (6).

Con ser la escolástica tan potente y grandiosa manifestación del entendimiento humano, no se libró de verse envuelta en el desprecio general que inconsiderados críticos atrajeron a la Edad Media; desprecio del cual la redimen hoy tantos y tan eruditos estudios, sin conseguir, no obstante, que se disipe del todo el vulgar error. De cuantas cosas irreflexivamente se desdeñaron y vilipendiaron en la Edad Media, quizás la peor tratada sea la escolástica. Por ignorarla la injuriaron, y al injuriarla túvose por inútil conocerla. Se decretó que sus formas pecaban de pedantescas y bárbaras, su fondo de pueril y vacío, su método de árido y estéril; se juzgó de toda ella por su época decadente y por sus excesos. El descrédito de la escolástica habrá de trocarse en gloria cuando, mejor conocida, se vea que fué de los períodos filosóficos más varios, ricos y libres que honran a la inteligencia humana. En la escolástica se contienen sistemas diversísimos, sectas más numerosas que todas las griegas, indias y chinas, y racionios más osados que los de ningún tiempo (7). Por lo que hace a procedimientos, los escolásticos

reunen el genio analítico y el sintético: hábiles en dividir y distinguir, no lo son menos en organizar; y tocante a originalidad, la escolástica ofrece, no sólo aquellas pepitas de oro de que habló Leibnicio, sino preciosos diamantes. La principal objeción contra la escolástica—sobre todo cuando hubo cundido el espíritu renaciente del siglo XVI—fué la sequedad y rudeza de la forma: como si la lógica de la escuela, tan exacta y matemática, pudiese disolverse en rebuscadas y pomposas frases. Así como el abogado y el retórico no condensan su oración en fórmulas algebraicas, el geómetra no enuncia sus teoremas con arengas ciceronianas, y el que aspira a raciocinar con precisión rigurosa prescinde de superfluidades literarias (8). Declara acerca de este punto un testigo de mayor excepción, un escritor a quien podrá negarse todo, menos la galanura y magnificencia del estilo, el águila de Meaux:—"El método, manera didáctica al par que contenciosa de tratar las cuestiones, es bueno siempre que no lo tomemos como fin, sino como medio de progreso. Así opina también Santo Tomás" (9).—Y es de advertir que alguno de los que más acerbamente increparon a la escolástica, verbigracia, Lutero, no se apartó de sus procedimientos, antes los siguió fielmente; y que Alemania, donde se proclamó la Reforma maldiciendo de la barbarie monástica y frailesca, fué justamente el país en que—por natural efecto de su carácter analítico—se perpetuaron hasta nuestros días frases escolásticas, empleadas con doble obscuridad y alambicamiento por los filósofos racionalistas y panteístas de la moderna pléyade. Pasajes hay de Kant que en lo intrincado de la frase se dejan atrás al más laberíntico escrito del siglo XIV: Schopenhauer pudo decir que la filosofía total de Hegel es *un silogismo cristalizado*.

Y sin embargo, ¡cuánto fortaleció el entendimiento la mañosa gimnasia escolástica! Hasta añadirse

mos: ; Cuánto enriqueció al idioma! Pobre en terminología filosófica era el latín clásico: la escolástica creó un vocabulario nuevo para la ciencia (10). No hubo filosofía menos estacionaria que la escolástica. Los habitantes del claustro, lejos de sumirse en ociosa apatía, experimentaban fiebre de pensar, ansia de ejercitar su razón: a ruego de los monjes de su priorato realiza San Anselmo la osada tentativa autodidáctica del *Monologium*. Si la Edad Media cultiva los gérmenes sembrados por los padres de la Iglesia, siembra a su vez otros que recogerá la Edad moderna. No son los doctores escolásticos dócil rebaño, como suele decirse; ni en carácter ni en doctrinas se parecen; todos cuidan de traer elementos propios a la filosofía. Escoto Erigena, notable por su omniscencia, formula antes que Espinosa la célebre distinción entre *naturaleza naturante* y *naturaleza naturada*, y hace presentir el emanantismo ocasionalista; San Anselmo, el segundo Agustín, da antes que Cartesio la prueba ontológica de la existencia de Dios, y preludia con más felicidad los arrojos de Fichte, fundando el psicologismo; Abelardo, figura novelesca, genio clásico y culto, temprana aparición de la filosofía laica, anticipa la teoría de la moral independiente y el optimismo leibniciano; Pedro Lombardo fija el método y da forma duradera a la teología; Juan de Salisbury sienta un positivismo intelectual, una especie de doctrina de *lo incognoscible*; Alberto Magno, investigador infatigable, impulsa de modo extraordinario el conocimiento de las cosas sensibles; Godescalco es predestinacionista; nominalistas, Roscelino y Ockam; realista, Escoto; Bernardo de Chartres y Gilberto Porretano se sumergen en los manantiales platónicos; Guillermo de Conches inicia el criticismo ecléctico; Hugo y Ricardo de San Víctor ilustran el saber con las luces del misticismo ontológico; Amalrico de Chartres formula el panteísmo absoluto;

David de Dinanto, el materialismo; Enrique Gandavense combate el escepticismo; Egidio Romano profundiza las ciencias político-sociales (11). Si en tan frondosa selva brota maleza de heterodoxia y errores, no olvidemos que la mayor fertilidad, la flor más bella, el más granado fruto de la escolástica, se produce en el campo ortodoxo: indicio evidente de su savia cristiana. Pero si la condición general de la escolástica es ortodoxa, no es exclusiva, antes armónica y ecléctica: como que empieza por recoger y enlazar la tradición pagana con la cristiana, aprovechando cuanto aprovecharse merece de la herencia de lo pasado. En el seno de la Iglesia, con su aprobación, viven y especulan genios originales y verdaderamente libres, a la vez que espléndidamente ortodoxos: aquel Durando, obispo de Meaux, pensador tan nuevo para su época, que pidió la libertad del método; aquel San Anselmo, que usando cual nadie de la razón, nunca llegó al racionalismo; aquel Raimundo Lulio, genio armónico por excelencia; aquel Santo Tomás, que expuso en épocas feudales aun la doctrina del gobierno mixto. Así los escolásticos, unos en la sumisión a la Iglesia, son varios como pensadores y como hombres: ésta es la fecundidad cristiana, el amplio cauce que la supuesta rigidez de la Edad Media abría al pensamiento. Si al mismo tiempo combatió las herejías, pudo gloriarse de no imponer a ningún hereje pena tan afrentosa como la que el sultán de Marruecos hizo sufrir al célebre filósofo Averroes, condenándole a retractarse en el pórtico de la gran mezquita, mientras los creyentes que entraban le escupían al rostro.

Así como en el Océano dominan dos corrientes principales, la del golfo y la polar, en la vasta extensión de la filosofía ortodoxa de la Edad Media se señalan dos grandes direcciones, la mística y la dogmática. Direcciones que representan—no estrecha y ex-

clusivamente, sino en general—las Ordenes de San Francisco y Santo Domingo. Santo Domingo produce los dogmáticos, San Francisco los místicos: y cuanto pudieran tener de inflexibles y duras las formas escolásticas, que aspiran a subyugar el entendimiento, lo compensa con creces la mística, persuadiendo a la voluntad. Sabemos que esta amante filosofía viene de San Agustín; ya Tertuliano había dicho que la ciencia del Cristianismo consiste en buscar a Dios con corazón sencillo; Lactancio, que el hombre debe aspirar a la verdad y poner su confianza y salvación en la palabra divina, no en la sabiduría humana; no se descuidaron los primeros escolásticos en recoger y atar los hilos de oro de tan hermosas tradiciones. Alcuino, el precursor de la escuela, declaró que para el cristiano la filosofía verdadera es rectitud de la vida, meditación de la muerte, desprecio y apartamiento del siglo, aspiración a la patria futura; Lanfranco reprobó las sutilezas del silogismo, llamando sabio al que conoce y glorifica a Dios; en Lombardo hay preludios místicos, como son su doctrina del amor, de la bienaventuranza y del simbolismo de la creación, que refleja a su autor cual un espejo, idea que más tarde desarrolló tan egregiamente San Buenaventura; Juan de Salisbury profesó que en amar a Dios consiste la esencia de la filosofía; Hugo de San Victor llegó al misticismo por sendas en cierto modo escépticas, afirmando la inseguridad de la lógica, y que el raciocinio no puede conducir a la certeza incontrovertible. Las vías de la lógica eran agrias y difíciles, y muchas almas prefirieron reposar con San Francisco en los oasis de la contemplación. El cansancio de las inteligencias hartas de disputas favoreció ocasionalmente el advenimiento de la mística, la cual, por ley de su propia naturaleza, había de florecer en la Orden del Santo que, reprobando la vana ciencia y los sabios presun-

tuosos, decía a sus discípulos:—“En el día de la tribulación se hallarán esas gentes con las manos vacías. Quisiera yo que trabajasen en confirmarse en la virtud, a fin de que en las horas de prueba tuviesen al Señor consigo. Pues día vendrá en que por inútiles se arrojen los libros de las ventanas, o a oscuros rincones. No solicito que mis hermanos sean curiosos de ciencia y libros; lo que pido es que se funden en la santa humildad, en la oración y en la pobreza, nuestra reina y señora. Sólo éste es seguro camino para su salvación y edificación del prójimo, porque llamados están a seguir e imitar a Cristo” (12).—Y como en cierta ocasión le preguntasen si tenía por bueno que los hombres de ciencia ya recibidos en la Orden continuaran estudiando la Santa Escritura, los Padres y la teología,—“Pláceme, contestó, con tal que, a ejemplo de Cristo, que más se daba a la oración que a la lectura, no descuiden esos frailes el rezar, y estudien, no tanto para saber cómo han de producirse, cuanto para poner en práctica y hacer practicar a los demás lo que han aprendido” (13).—Palabras que formulan claramente la distinción de la dogmática y la mística, y su diferente objeto: aquélla, teórica y racional; ésta, positiva. No existe entre ambas antagonismo: si la dogmática es la razón pura de la Edad Media, la mística es su razón práctica: corresponde la una a la ciencia, la otra a la vida, y no las separa la funesta y mortal antinomia que puso entre la razón especulativa y la práctica el filósofo de Konisberg. Al través de las enseñanzas del Santo de Asís parece como que se ve alborear el incomparable libro, digno de llamarse *Suma de la mística*, libro todo empapado en espíritu franciscano, la *Imitación de Cristo*, donde el fiel asciende—como Dante por los círculos del mundo suprasensible—de la vida purgativa a la iluminativa, y de ésta, con poderoso socorro de la gracia, a la uni-